

CAPITULO XXVI

INTRIGA DE MIRIAM.

EL que ha adorado una muger, aun contra su voluntad y su conciencia, sabe bien cómo se suceden tormentas á tormentas y terremotos á terremotos, antes que su ídolo sea derribado enteramente. Así aconteció á Filemon aquella noche al recapacitar sobre los extraños accidentes del día, porque mientras recapacitaba sus antiguos sentimientos hácia Hipatia, empezaron, á pesar de la lucha de su conciencia y de su razon, á revivir en él. No solo el puro amor de su grande hermosura, el recto instinto que nos induce á honrar la belleza varonil ó femenil, como una cosa de mérito real. . . . celeste, divina, aunque no sepamos de qué manera, en un sentido eterno y profundísimo, y que hace que nuestras razones desmientan todas las palabras meramente lógicas y sentimentales de los moralistas sobre los pasajeros colores de este nuestro pintado barro, diciendo á los hombres, como les

dicen las antiguas Escrituras hebreas, que la belleza física es el mas profundo de todos los simbolos espirituales, y que si bien la belleza sin la discrecion es la joya de oro en el hocico del cerdo, sin embargo, siempre es la joya de oro, siempre es el sacramento de una belleza interior, que debiera completarse, y quizá se complete en lo porvenir, en espíritu y verdad; no solo este amor, que susurraba á su oído (¿y quien sabe si el susurro provenia de la tierra ó de un mundo inferior?) es demasiado hermosa para ser enteramente mala, sino el mismo defecto que acababa de encontrar en su creencia, le atraia de nuevo hácia ella. Hipatia no tenia Evangelio para la Magdalena, porque era pagana. . . . La falta estaba, pues, en su paganismo, no en ella. Hipatia habia mostrado interés en favor de Pelagia. . . . pero si no lo hubiese mostrado, ¿la culpa no era tambien de su paganismo? ¿Y sobre quien pesaba la responsabilidad de éste? ¿Sobre ella? . . . ¿Podia Filemon asegurar esto? ¿No habia visto escándalos, estupidez, brutalidad, capaces de hacer vacilar su fé, no obstante su educacion cristiana? ¿Cuánto mas escusa-

ble no era ella excediéndole, como le excedía, en delicadeza, agudeza, elevación; y siendo además hija de un padre pagano? Sus perfecciones le pertenecían eselusivamente; sus defectos eran propios de las circunstancias. Ella le habia acogido, protegido, enseñado, honrado... ¿debia corresponderle declarándose enemigo suyo, sobre todo ahora que se hallaba en desgracia.... en peligro tal vez? ¿No le estaba ligado, si no por otra cosa, por gratitud? ¿No era él entre todos los hombres el mas obligado á creer que á Hipatia no le faltaba para ser perfecta sino convertirse?... Y entonces la conversion de la pagana, su primer sueño se renovó en él casi tan brillante como siempre.... aunque el recuerdo de su primer descalabro cortó el vuelo á sus ilusiones. A lo menos, si no podia convertirla, podria, sí, amarla, rogar por ella.... Pero no; ni aun esto le era dable hacer, porque ¿á quién rogaria? El necesitaba arrepentirse, ser perdonado, humillarse por medio de la penitencia, quizá durante muchos años, antes de esperar que Dios le oyese respecto de su individuo, y mucho menos respecto de otra persona.... Tal era el flujo y re-

flujo de sus esperanzas é intenciones, cuando interrumpió su meditacion la voz del porterillo llamándole á cenar; y recordando por la primera vez que no habia probado nada aquel dia, bajó algo contra su gusto, y comió.

Pero mientras Filemon, el portero y su muger estaban sentados en silencio y bastante tristes, entró Miriam, al parecer muy contenta, y se detuvo un momento antes de subir á su cuarto.

—¿Conque cenando, eh? ¿Y nada mas que lentejas y sandias cuando las ollas de Egipto han sido famosas hace dos mil años? ¡Ah! pero los tiempos han cambiado desde entonces.... Vosotros habeis echado á perder los antiguos pensamientos hebreos, miserables diablos, reemplazando á un José con un César. ¡Callad, impertinentes! gritó á las chicas, que subian dando fuertes palmadas. Oid, traednos una de aquellas gallinas asadas y una botella del vino de los vinos: el que tiene el sello verde, hijas de Miriam: ¡segura estoy de que habeis andado tras los hombres todo el tiempo que he estado fuera!.... ¡Ah! por ello padeceréis algun dia, hijas de la primera mujer de Adan.

Una de las esclavas sirias bajó la gallina y el vino.

—Vamos, prosiguió la vieja, cenaremos juntos. El vino que alegra el corazón del hombre.... Joven, tú has sido fraile y debes haber leído todo lo que hay escrito sobre esto, ¿eh? y sobre el mejor vino que desciende dulcemente al estómago y hace hablar á los que están dormidos. ¡Excelente vino era sin duda, el que el bienaventurado Salomon tenía en su pequeña bodega del Libano! Veremos si este no le reemplaza de una manera digna. Ea, monillo mio, bebe y olvida tu disgusto. Miralo, coagulándose y espeluzándose como un gato, solo con pensar que han de tocarlo labios humanos. ¡Es tan dulce como miel, tan fuerte como fuego, tan claro como ámbar! ¡Bebed, hijos del Gehenna, y aprovechaos del poco tiempo que os resta entre esta vida y el fuego eterno!

Y tragándose una copa de aquel vino como si fuese agua, observó á sus compañeros atentamente mientras bebía.

El porterillo siguió alegremente su ejemplo. Filemon miraba, deseaba, y al fin bebió, aunque poco, ruborizándo-

se y queriendo persuadirse que no era cosa que llamaba su atención, y volvió á beber, pareciéndole conveniente olvidar también sus pesares por un momento: la negra, trémula y llena de miedo, se negó, diciendo que habia hecho voto de no beber.

—¡Cargue Satanas contigo y con tu voto! ¡Bebe, carbon de Jofet! ¡Crees que está envenenado? ¡Tú, la única criatura en el mundo á quien no quisiera maltratar, por lo mismo que todos la maltratan sin mi ayuda? Bebe, te digo.

La negra arrimó la copa á los labios, y sin que nadie la observase, por razones que tenia para ello, vertió el contenido.

—Escelente leccion la que explicó Hipatia la otra mañana sobre el nepente de Elena, dijo el porterillo, cuyas tendencias filosóficas se aumentaban con el vino. Nunca habia visto semejante poder de extraer el agua de la filosofia del abismo insondable del Mito. ¡Y tú, mi querido Filemonico!

—¡Ah, ah! ella y yo hemos estado hablando sobre eso media hora hace, dijo Miriam.

—¿Qué! ¿La has visto? preguntó Filemon estremeciéndose.

—Y habló de tí... sin duda.

—¿Cómo... cómo?

—Habló de un joven Apolo... Sin mencionar nombre, es cierto, pero de la manera mas sensible, práctica y llena de esperanza... pronunciando el mas sabio discurso que la he oído este año.

Filemon se puso de color de escarlata.

—Y eso, dijo para sí, á pesar de lo ocurrido esta mañana. ¿Qué le pasa á nuestro huésped! añadió en voz alta.

—Ha tomado el consejo de Salomon y olvidado su disgusto.

Y así era en efecto, pues el portero estaba durmiendo dulcemente con los ojos abiertos y la sonrisa de un tonto, mientras que la negra tenia la cabeza caída sobre el pecho, al parecer tambien agena á cuanto la rodeaba.

—Veremos, dijo Miriam.

Y cogiendo la lámpara, arrimó sin ceremonia la llama al brazo de cada uno de ellos; pero ninguno se movió.

—¿Supongo que tu vino no tiene mezcla alguna? preguntó Filemon asustado.

—¿Por qué no? Lo que á ellos los ha convertido en bestias, á nosotros nos convertirá en ángeles. Tú no pareces menos vivo por haberlo bebido. ¿Y yo, eh?

Pero, ¡vino con drogas!

—¿Por qué no? el mismo que hizo el vino hizo el zumo de las adormideras. Ambos harán al hombre feliz. ¿Por qué no usar ambos?

—Es veneno.

—Es el nepente, como dije á Hipatia, acerca del cual estuvo la otra mañana charlando en sentido místico. ¡Bebe, hijo mio, bebe! Mi intencion no es que duermas esta noche. ¡Necesito hacer de tí un hombre, ó mas bien necesito ver si lo eres!

Y la vieja se bebió otra copa, y prosiguió medio hablando consigo misma:

—Sí, es veneno; y la música es veneno, y la muger tambien lo es, segun la nueva creencia, pagana y cristiana, y algun dia serán venenos el vino y la carne, y tendremos un mundo lleno de locos Nabucodonosores, que comerán yerba como los bueyes. Es venenoso, brutal, diabólico ser hombre y no fraile, eunuco, una rama seca. Todos mentís

igualmente, cristianos y filósofos, Cirilo é Hipatia. ¡No me interrumpas, y bebe, loco!.... Sí, y el único hombre que se conserva como tal, el único hombre que no se avergüenza de ser lo que Dios le ha hecho, es el judío. Ya le habréis menester algun dia, estúpidos gentiles, para que os devuelva el sentido comun y que torneis á ser hombres. A falta de él y de sus grandes libros antiguos que despreciáis, os forjais ídolos de ellos, de Abraham, de Jacob, Moisés, David, Salomon, á quienes vosotros, miserables hipócritas, llamais santos, si bien hacian lo que vosotros sois demasiado delicados para hacer, y tenian sus esposas y sus hijos, y daban gracias á Dios por una muger hermosa, como antes que ellos lo verificó Adán, y despues de ellos sus descendientes.... ¡Bebe, te digo!.... Y creian que Dios habia formado realmente el mundo y no el diablo, y les habia dado señorío sobre él, como lo veréis á vuestra costa algun dia, nacion de prostitutas y de eunucos.

Filemon oia y no podia contestar; la hechicera continuó:

—¿Y la música tambien? Nuestros sacerdotes no tenian el sacabuche y el

salterio, la dulzaina y la trompeta en la casa del Señor, porque sabian quién les habia dado la habilidad de hacer estos instrumentos. Nuestros profetas no temian llamar en su auxilio la música cuando querian profetizar, y la dejaban que suavizase y elevase sus almas, comunicándoles animacion hasta que penetraban la armonía interior de las cosas y veian lo futuro en lo presente; porque sabian quién habia creado la melodía y la armonía, constituyendo de ellas los símbolos exteriores del canto interior que se difunde al través del sol y las estrellas, del huracán y la tempestad, completando su palabra. Prueba ese vino. ¡Pruébalo! Sígueme y deja ahí á esas que duermen; sígueme á mi cuarto. Pues que desees ser tan sábio como Salomon, adquiere como él la sabiduría, conociendo antes la locura.... ¿Has leído el Libro del Predicador?

¡Pobre Filemon! No era ya dueño de sí mismo. Los argumentos, el vino, el terrible encanto que poseian la voz y los ojos de la vieja, y la voluntad predominante que brotaba de ellos, le arastraron á pesar suyo. Como si estuviera soñando, subió tras ella la escalera.

—Arroja esa estúpida, fea y mal proporcionada capa de filósofo. ¡Así! ¿Tienes puesta la túnica blanca que te di? Ahora tu aspecto es cual cumple á un ser humano. ¿Has estado hoy en los baños? ¡Bien! Ahora experimentas el consuelo de sentir como los demas y de tener esa piel de alabastro tan blanca como salió de manos del Creador, en lugar de estar curtida como cuero de irracional. ¡Bebe, te digo! Sí... ¿para qué fué hecha esa cara, esa figura? ¡Traed un espejo, majaderas! Mirate en él y juzga por tí mismo. ¿Han sido esos labios redondeados para nada? ¿A qué fin fueron esos ojos puestos en tu cabeza, tan brillantes como piedras preciosas, tan dulces como miel? ¿A qué fin esos rizos fueron colocados en disposicion de que suaves dedos se entretuviesen con ellos y parecieran mas blancos entre lazos negros y lustrosos? Juzga por tí mismo.

¡Ay, pobre Filemon!

—Bien considerado todo, dijo para sí, ¿no es verdad, y al propio tiempo agradable?

—¡Cantad al pobre jóven, chicas!.... Cantad, y enseñadle por la primera vez

de su ignorante vida, el antiguo camino de la inspiracion.

Una de las esclavas se sentó en el divan y tomó una doble flauta, mientras que la otra se levantó; y acompañando el aire lastimero y soñoliento con una danza lenta y los delicados sonidos de los adornos de plata que llevaba en los puños y tobillos, y del sistro que elevaba por encima de su cabeza, empezó á girar graciosamente, cantando lo que sigue:

Nacimos para gozar,
Nacimos para caer
En llegando á madurar:
De la belleza el poder
Ninguno logra evitar,
Los labios formó el amor
Para á otros labios pegarse;
Las manos para estrecharse
A otras manos con ardor,
Los ojos para abrasarse.

¡Pobre, pobre Filemon!.... ¡Pero no! El veneno llevaba en sí su antídoto; y el jóven, sacudiendo con un grande esfuerzo de su voluntad el encanto de la música y del vino, se puso de pié....

—¡Nunca! ¡Si el amor se limita á esto... si no es mas que un mero abandono, peor que el de los brutos, pues que requiere la postracion de las mas nobles facultades y un egoismo mayor á medida de la grandeza del alma oprimida interiormente por él... entonces renunció á sus dones! ¡Habia soñado con una que fuese á la vez mi maestra y mi discípula, mi deudora y mi reina!... ¡de una á quien yo sirviera de apoyo y que fuese sin embargo mi sosten!... ¡que supliese mis defectos, aunque con menor luz, como la luna vieja llena el círculo de la nueva!... ¡que trabajase á mi lado en una grande obra!... ¡que se elevase conmigo para siempre!... ¡Y en su lugar hallo esto! ¡Oh, nunca!

Sea que la vehemencia de su pasion le hiciese prorumpir sin saberlo en estas ú otras palabras semejantes, sea que la hechicera oyese ó pretendiera oír pasos en la escalera, es lo cierto que inmediatamente se levantó.

—¡Silencio, chicas, silencio! Alguien llega. ¡Qué loca jóven vendrá á pedir un filtro amoroso á la pobre vieja hechichera á tales horas de la noche? ¡O habrán esos perros cristianos dado al

fin con la guarida de la vieja leona de Judá! Veremos.

Diciendo así, sacó un puñal de su cintura y se dirigió impávida á la puerta. Al ir á salir, torció el rostro hácia Filemon.

—¡Bien, mi valiente Apolo! ¡Conque tú no admiras á la simple muger? La necesitas mas instruida, intelectual, espiritual. &c. ¡Acaso Eva llevaba consigo un certificado de aprovechamiento en las siete ciencias cuando se reunió con Adán en el Paraiso! Bien, bien... cada cual con su igual. Quizá podamos dejarte servido? ¡Idos, hijas de Miriam!

Las jóvenes desaparecieron hablando bajo y riéndose, y Filemon se encontró solo. Aunque las últimas palabras de la vieja le tranquilizaron algo, sin embargo, un sentimiento de terror, de peligro, de tentacion, le obligó á permanecer en pié mirando prudentemente alrededor de la sala, no fuera que una nueva Sirena saliese de detrás de alguna cortina ó monton de fundas.

A un lado de la sala vió el hueco de una puerta, ocupado por una cortina de gasa, y oyó sonido de voces. Su temor, aumentándose con la general excitacion

de su entendimiento, se convirtió en cólera no bien empezó á sospechar que se le tendia una red; y dirigiendo la vista á la cortina, se dispuso á rechazar todos los espíritus malos de ambos sexos.

—¿Y se mostrará? ¿Cómo me acercaré á él? dijo una voz muy conocida.... ¿seria la de Hipatia?

En seguida, el acento gutural hebreo de la hechicera contestó:

—Como hablaste de él esta mañana...

—¡Oh! ¡Se lo diré todo; y él.... sí... él tendrá compasion.... es tan terrible, tan glorioso!

Filemon no pudo oír la respuesta; pero á poco un suave y soporífero olor como de gomas narcóticas, llenó la sala; llegaron hasta él palabras pronunciadas entre dientes; luego brilló una llama, y desapareciendo entonces la cortina, se presentó á sus ojos atónitos la hechicera envuelta en una gloria de luminoso humo, de pié junto á una trípode, y á su lado Hipatia de rodillas, vestida de blanco, cubierta de brillantes esmeraldas, con los labios separados, la cabeza caída hácia atrás y los brazos extendidos en la agonía de la espectacion.

Antes que Filemon tuviese tiempo

de moverse, Hipatia habia atravesado la llama, y estaba arrodillada á sus piés.

—¡Febo! ¡hermoso, glorioso, siempre jóven! ¡Oyeme un momento por esta vez tan solo!

Su ropa se habia prendido fuego en la trípode, sin que lo advirtiese, y Filemon instintivamente la estrechó en sus brazos y logró apagarlo, mientras que ella exclamaba:

—¡Ten lástima de mí! ¡Dime el secreto! ¡Te obedeceré!... ¡Soy tuya! ¡Tu esclava! ¡Todo, todo! ¡Mátame si quieres, pero habla!

La llama se convirtió en una claridad suave, y encima apareció la negra, con el dedo en los lábios y la mirada suplicante, mostrando al jóven su pequeño crucifijo....

Filemon lo vió.... y triunfó. No diré qué pensamientos le asaltaron ante aquella santa señal de abnegacion infinita; pero sí que al instante se desprendió de los brazos de la burlada Hipatia, cuyos éxtasis idólatras conoció no le tenian por objeto, y corrió desesperadamente al través de la sala, buscando salida.

En medio de la oscuridad halló una